
JOSÉ AGUSTÍN

Inventando que sueño



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi
Coordinador de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura

Carolina Domínguez
Voz Viva



Agradecemos a Penguin Random House por proporcionarnos los textos

VVM - 136

Primera edición en CD, septiembre de 2017

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México,

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán. C.P. 04510,

Ciudad de México.

ISBN de la serie 970-32-2744-9

ISBN 978-607-02-9696-3

"Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales."
Impreso y hecho en México.

JOSÉ AGUSTÍN

— — — — —
Inventando que sueño

Presentación
Jesús Ramírez-Bermúdez



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



José Agustín. Nació en Acapulco, Guerrero, en 1944.

Desde que publicó su primera novela, *La tumba*, en 1964, su literatura ha estado marcada por la música, la experimentación lingüística y la contracultura. Ha escrito novela, cuento, ensayo, crónica, periodismo, teatro, autobiografía y guión cinematográfico y de teatro. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores y de las fundaciones Fulbright y Guggenheim, y su trayectoria literaria le ha merecido múltiples premios nacionales, entre los que destacan el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Lingüística y la Medalla Bellas Artes, que otorga el INBA.



Jesús Ramírez-Bermúdez. Nació en la Ciudad de México 1973. Estudió Medicina y la especialidad en Psiquiatría en la UNAM, con sede en el Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía, donde trabaja actualmente como subdirector de Psiquiatría. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (nivel II) y su trabajo científico ha recibido más de 600 citas en revistas indizadas. En 2007 obtuvo el reconocimiento Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. Los libros *Paramnesia* (Editorial Sudamericana, 2006), *Breve diccionario clínico del alma* (Editorial Debate, 2010) y *Un diccionario sin palabras* (Editorial Almadía, 2016) utilizan la narración clínica y el ensayo literario para fortalecer la reflexión humanística en el ámbito de la salud mental y las neurociencias. En 2009 recibió el Premio Nacional de Bellas Artes para Ensayo Literario.



CONTENIDO

Presentación	
Jesús Ramírez-Bermúdez	9
DEL LIBRO <i>CERCA DEL FUEGO</i>	
YAUTEPEC	13
DEL LIBRO <i>CUENTOS COMPLETOS</i>	
TRANSPORTARÁN UN CADÁVER POR EXPRÉS	41

Nota: La escrita, es una versión corregida por el autor de la hecha en el año de 1995.



Presentación

LAS PREFIGURACIONES

Jesús Ramírez-Bermúdez

La historia de estos relatos, “Yautepec” y “Transportarán un cadáver por exprés”, inicia probablemente cuando los regentes de la Ciudad de México decretaron el encarcelamiento de los ríos. La decisión de migrar se convirtió en destino para nuestra familia. Junto a las barrancas del río de Cuautla, mi abuelo paterno, el capitán Augusto Ramírez, construyó la casa que sería nuestro hogar tras algunos años de aventura en Estados Unidos. En esas barrancas, mi padre, José Agustín, concibió la historia de un indígena morelense que alcanzaba una alta jerarquía en la policía judicial y dirigía una banda de asaltantes y asesinos. La novela es *cerca del fuego*, publicada en 1985; su historia fue impulsada por el influjo turbulento de las imágenes oníricas, como lo ha narrado en un texto titulado *la novela que Lucio escribe*, publicado en La Jornada Semanal cuando este suplemento era dirigido con generosidad y lucidez por Roger Bartra. Allí mi padre

relata que un día su amigo Juan Tovar lo visitó en la cárcel de Lecumberri para contarle lo siguiente: su esposa, Elsa Cross, había soñado que unos ancianos le indicaban que José Agustín debía anotar todos sus sueños a partir de ese día, pues de allí saldría una novela. Aunque sólo recordaba uno o dos sueños deslavados a lo largo de su vida, mi padre se entusiasmó al recibir la noticia en el ambiente lúgubre de la prisión, y a partir de entonces experimentó sueños intensos que formaban el material de nuestras conversaciones cotidianas. Como si fuera un taller psicoanalítico grupal, mis padres y mis hermanos narrábamos nuestros sueños durante el desayuno. Años después, un texto de mi padre titulado *64 notas de clavecín bien temperado*, inicia con el siguiente aforismo: “En una prisión, puedes recibir la orden, que viene de lo alto, de anotar tus sueños.” Como un ente orgánico, la novela se transformó radicalmente: su versión final trata acerca de un escritor que padece una amnesia de seis años, generada por los peligros del proceso creativo.

Hoy, en el estudio y biblioteca de mi padre, mi hermano Agustín me revela una cantidad enorme de cuadernos de aquella época. Algunos tienen

una letra tan pequeña que nadie, ni siquiera el autor, logra descifrarlos: más de mil cuartillas de ficción. La mayoría son cuadernos de sueños: el origen de *Cerca del fuego* y los libros de relatos *No hay censura* y *No pases esta puerta*. Contemplamos asombrados los dibujos simbólicos y los mandalas, las libretas llenas de ensoñaciones, de textos autobiográficos, de fabulaciones futuristas o de surrealismo urbano contemporáneo. Las mejores historias de horror de mi padre se inspiraron en estos cuadernos: textos como *transportarán un cadáver por exprés*, que coloca una cámara lúcida en un deplorable adicto a los inhalables y le obsequia al lector un frenesí nocturno, sexual, truculento. De la misma época es uno de los capítulos nucleares de *cerca del fuego*: me refero a *Yautepec*, una intensa investigación narrativa que podría entenderse como una simbología de la locura furiosa que surge en el laberinto contemporáneo de las sociedades occidentales, donde la ciencia y la tecnología han iluminado las urbes, pero no han podido erradicar el profundo resentimiento que se gesta en los niveles más oscuros de la memoria colectiva. Mi padre tenía la convicción de que los escritores, y los artistas en general, actúan como antenas o

pararrayos de la memoria colectiva y del espíritu de los tiempos. Aunque era una persona capaz de irradiar vitalidad y sentido del humor, mi padre tenía una conexión literaria con esas corrientes distópicas de degradación moral. Pero esa comprensión del mal, cuyas variedades psicológicas son puestas en escena en Yautepec y en Transportarán un cadáver por exprés, eran concebidas en la soledad de un sufrimiento nocturno. Sus propios sueños y relatos lo dejaban intranquilo, porque anticipaban la oscuridad colectiva que hoy todos somos capaces de contemplar.

DEL LIBRO *CERCA DEL FUEGO*

YAUTEPEC

Años antes, Lucio y su mujer (digámosle Aurora) deciden pasar unos días en un pueblo del estado de Morelos. Victoria, una amiga, les ha prestado una casa, es vieja, no creas que es la gran maravilla, no te vas a parar de pestañas al verla, las paredes son de adobe, ves, y hay que sacar agua del pozo pero creo que ya hay luz eléctrica y el pueblo, eso sí, es algo lindo, habías de ver los alrededores tú, hay un río precioso, te va a encantar.

Suben en el auto, entusiasmados porque al fin podrán pasar unas vacaciones fuera del esperpento esmogangoso que se ha vuelto el Detrito Defecal. Me dijo Victoria que desde ayer iban a llegar tu hermano Julián y un amigo que se llama Salvador, dijeron que querían pasar unos días por estos rumbachos. ¡Que se vayan, que se vayan!, exclama Lucio, y lo desea en verdad: no tiene la menor gana de encontrar conocidos allí, ¡y menos al azotadísimo de su hermano! Pero si son rebuenas gentes, intercede Aurora. Buenas gentes mis arrugados cojones, replica Lucio. Aurora no

hace caso a los exabruptos de su marido pero piensa que en los ojos de Lucio hay destellos inabordables. Lucio, de veras das miedo cuando te pones así. Cállate la boca y no estés chingando. Eso era exactamente lo que yo decía.

Aurora procede a narrar, para distraerse de la velocidad vertiginosa con que Lucio maneja, las historias de fantasmas de la casa de la amiga Victoria (¡qué nombre!).

Histerias fantasmales en la casa de la amiga Victoria. Dice Victoria (dice la Sigámosle Diciendo Aurora) que en su familia, como en las viejas-viejas tradiciones *ad hoc*, en una época ocurrieron crímenes, por lo cual la casa ahora es patrullada por varios fantasmas. Fantasmas, mis cuasirredondas bolas. Lucio, no manejes tan rápido, por favor, nos vamos a matar. Sé manejar, no jodas. Bueno. Parece que uno de los tíos abuelos de Victoria de las Tunas, que se llamaba Tachito, odiaba a su madre. Ella había enviudado cuando era muy joven y la viudez la amargó, tú sabes. Su familia le dijo que se metiera de monja, cual debía de ser, pero ella conoció a un hombre, se apasionó mucho y entonces sí le gustó mucho... ¿El galán? No: *coger*.

Fue el escándalo del pueblo porque la señora llegó a tener más amantes que fajas y corsés. Estaba enferma, Lucio, agarraba ondas malísimas. Dice Victoria que a su tía Chozna le dio por los disfraces, le gustaba vestirse imaginativamente para coger, le fascinaba disfrazarse de amazona, ¿tú crees? Yo creo, pero no creo que se haya rebanado una teta, ¿verdad? Luego le dio por vestirse de Carlota Corday en la fase-cuchilladora, y más tarde se aficionó a los uniformes de militar: se agenciaba unos tacuches estilo Chema Morelos y Pavón Real, con sable, faja y toalla La Josefina en la cabeza, y ése fue el escalón previo de la Etapa Sádica. Esa pinche Victoria ha estado leyendo libros del Marqués de Stekel, qué poca madre. Lucio, vas a ciento cuarenta, no exageres. Bueno/ Óyeme, si vuelves a decir bueno te rebano una tetiux. Bueno. Como tenía dinero y seguramente era una belleza, o al menos estaba que se caía de buena, no le faltaban los huehuenches patarrajados que le daban los kilómetros de verdolaga que requería, ¿no?, y qué crees... Esta Devoradora Dhombres acostumbraba despertar a su hijo Tachín para que el entonces niño presenciara cómo su santa jefecita latigueaba a sus pobres amatrostes, y luego obligaba al pequeñuelo a que la

viera durante el acto carnal también llamado coito. O paliacate. Sí, como quieras. Tachito, imagínate tú, era delgaducho y amariconado; amaba a su mamá hasta la masturbación, pero como el amor es odio no te quepa duda después la detestó. Aunque dice Victoria que más bien detestaba a los tipos que se tiroteaban a su sagrada mamazuela y que, claro, personificaban la misma debilidad y sumisión que el buen Tachete padecía, ¡Lucio, por Dios, no rebases en curva! Usté aguántese como las buenas. Como las buenas suicidas, querrás decir, palabra que ora sí me espanté. ¿Y luego? pues un buen día a la devoradora le entró la onda de flagelar a su hijo, ¿tú crees?, por supuesto, para cogérselo después. Es que Tacho ya estaba más crecidillo y además calzaba grande... Pues fíjate que Tachito no pudo negarse, como buen masocas edipuspús que era, y después de los latigazos y las patadas en la panza y en culo sea la parte, el jovencito acabó copulando con su pinche madre/ ¡Pinche Aurora, no te mediste con ese copulando! Lucio, ¿no te parece una chingadera que una madre haga eso? Me parece que eres una vieja lépera. El niño: más bien, el muchacho, no pudo resistir el Terrible Impacto de transgredir el natural tabú llamado incesto, salió de la cámara o recámara

y se chupó cuatro botellas de anís del mono. Prestas. Del Mono Prestas. Bueno, ya entonces, debidamente estupidizado por el alcohol que, como has de saber, *es muy malo*, regresó a buscar a su señora madre, tomó uno de los fierros o implementos que sirven para atizar el fuego de la chimenea y ¡moles! lo estrelló en la choya de su mamis, quien, con el cráneo abierto como flor de huitlacoche, alcanzó a decir ¡más, más! No, noscierto, le dijo, severamente: vas a ver, cabrón Tacho de Carnitas, todas las noches voy a venir a jalarte las patas... Carajo, esa Victoria debería leer algunas historias de terror que cuando menos alcancen el gallardo nivel metafísico de E. T. A. Hoffmann o de Gustav Meyrink y no se queden en vulgares refritos del jefe Poe Poe. ¿Quieres que te siga contando, o no? Síguete, síguete, siempre me ha deleitado ser testigo de la estupidez humana. Oye, qué te pasa, comiste gallo o qué. Tú síguete. Sígole, pero maneja más despacio, vamos a quedar embarrados en la carretera. Aurora, confía en Tu Charro y llegarás a vieja. Lucio, ¿todavía me necesitarás cuando tenga sesenta y cuatro años? ¡No mames! Bueno, para seguir haciendo el cuento largo, que por lo demás es lo único largo que se te puede hacer, a Tacho le gustó eso de rajar cabezas y se

convirtió en el terror del pueblo, no sé a cuántos más se echó. Sin embargo, no faltó que un primo, abochornado por tal sarta de malvadeses, un buen día nomás tres tiros le dio al tío abuelo de la Victoriadora de Hombres. Fíjate que la gente del pueblo oyó los balazos y como ya estaba hasta la coronilla de esa familia, la multitud fue a la casa y linchó al primo justiciero. ¡Ah!, dijo Lucio, y supongo que desde entonces se dice que las ánimas rulfianas y en penumbra de la devoradora, del Tachuelo y el Primo Vengador circulan por la casa, ¿no es así? ¡Exactamente, Lucio, qué sagaz eres! ¡Qué inteligencia! ¡Qué penetración! Calma, Aurora, no te me subleves. Fíjate que Victoria me contó todo esto ayer en la noche, cuando me dio las llaves de la casa, y me dijo que si se te aparecía el fantasma de la Devoradora no fueras a someterte a sus encantos, porque te iría peor que al menso del Manuscrito de Zaragoza. ¿Y si a ti se te aparece el ánima de Tachito, qué? Victoria me recomendó que en ese caso debo ofrecerle un poco de leche, ya ves que el pobre estuvo privado de amor maternal.

...Lucio ha vuelto a rebasar en curva (yo tengo un tobogán) y apenas logra meter el Datsun en la cuneta cuando un camión de Aurrerá aparece

en sentido contrario a estrellarse contra ellos. Aurora grita, histérica, pero Lucio se mete en la cuneta y acelera aún más para salir de la curva. ¡Ay, Lucio, qué cerquita la vimos! Pero salimos, Aurorita, es que tenemos buen karma. Buen karma mis ovarios, especifica Aurora, aún pálida.

Llegan al pueblo (¿por qué no Yautepec?) a las doce del día, cuando el sol está más fuerte que nunca y hace que los filos de las hojas se blanqueen intensamente. En casa de Victoria, en efecto, encuentran a Julián y a Salvador. Lucio se indigna al saber que su hermano ya se ha instalado en la recámara principal. Óyeme, gran cabrón, te sacas tus chivas de aquí y te largas a otra recámara, porque aquí nos vamos a quedar Aurora y yo. No me grites, advierte Julián, quien, como de costumbre, no parece de buen humor. ¡Pues si no quieres que te grite!, grita Lucio, ¡saca tus porquerías de aquí, pero ya! ¿Qué te parece?, vocifera Lucio a Aurora, ¡este cabroncornio llega aquí con un huevón y se apropia de la mejor recámara, qué falta de respeto & consideración! ¿Ésta es la mejor recámara? ¡Cómo estarán las otras!, comenta Aurora, ¡sí, que se larguen!, añade luego, satisfecha porque puede tratar mal, abiertamente, a su cuñado. Miren, interviene Salvador, muy serio; si quieren

Julián y yo nos vamos de aquí, para acabar pronto. Eso estaría perfecto, carajo, ya la han engordado mucho en esta ratonera, y además a nosotros nos prestaron la casa, ¡pírense a este ritmo!, indica Lucio, chasqueando los dedos. Te vas a arrepentir de esto, gruñe Julián, con los ojos apagados. Te vas a arrepentir tú si me sigues amenazando; de niño me podías pegar pero ahora te rompo el hocico. Vámonos, no le hagas caso, dice Salvador deteniendo a Julián, quien ya estaba a punto de lanzarse contra su hermano.

Mientras Julián y Salvador hacen las maletas, recogen los enseres y enrollan los sacos para dormir, Aurora y Lucio recorren la casa. Óyeme, esta maldita Victoria no nos dijo que la casa está pudriéndose de vieja, aquí ni fantasmas podrían vivir. ¿Y ya viste la estufa?, señala Aurora, es de *carbón*. Está bien, nomás no me digas patrón. ¿Hay luz eléctrica, tú? Pues yo no he visto ningún apagador. Revisan una vez más y comprueban que en toda la casa no hay electricidad. Y todo está húmedo, lleno de polvo, ¿tú crees que esta Victoria me decía que esta casa era casi un palacio? Habrá sido un protopalacio, prepaleolítico, comenta Lucio; un utopalacio, continúa indulgente, ob-úgrico, un Urpalacio... Todo está oscuro, pues

casi no hay ventanas, y las que hay son muy pequeñas. La indignación de ambos no conoce límites al ver que los baños por supuesto consisten en unos cajones maltrechos, sin agua corriente, con tablas agujeradas: en los hoyos profundos del retrete se vislumbra la viscosidad de una rudimentaria fosa séptica. ¡Qué horror! Aquí mero es donde seguramente duermen los fantasmas familiares, considera Lucio. La casa es muy grande, de un piso, con su debido patio teménico, y una fuente central, sucia, seca, agrietada. Todo es muy viejo, los muebles crujen lastimosamente. Fíjate que la malvada Victoria me dijo que sí había luz eléctrica, se ve que no se para por aquí desde hace siglos. Vamos a hablarle por teléfono para mentarle la madre. ¿Con qué teléfono, Lucio? Yo creo que ni siquiera los conocen en el pueblo, ya no digamos aquí... Bueno, ¿qué hacemos? ¿Te quieres quedar en esta casa? Mira, vamos a pasar la noche en esta alacranera y mañana nos vamos a Cuernavaca, al Casino de la Selva, es preferible ver al fantasma del viejo Malcomio, chance hasta nos invita un mezcalito.

Julián y Salvador se han ido ya, sin indicarles dónde están las lámparas. ¡Qué groseros! Aurora y Lucio las buscan, para que no los sorprenda el

crepúsculo sin tener con qué alumbrarse, e incluso para antes de que se haga de noche: sólo en la estancia hay ventanas, y en algunos cuartos la oscuridad es casi total a esa hora de la tarde, mutatis mutandis, porque ya es la tarde, y el paso de la mañana a la tarde es una transmutación de antiguos valores, y es hora de comer.

Antes de subir en el Datsun advierten que, en una de las casas vecinas, divididas por techorrales con milpas tristonas, un hombre los mira. Cuando están a punto de arrancar el hombre se les acerca, haciendo señas. ¿Qué querrá este enano?, musita Lucio, impaciente. Ay, Dios, está vaciadísimo, parece Eduardo Mejía. No, mujer, Eduardo Mejía es el caballero mejor vestido de México. El hombre es bajito de estatura y viste un traje viejo, que le queda corto. Una canosa barba de candado subra ya la ausencia de incisivos en la boca. Llega a ellos, jadeando. ¿Ustedes son los familiares de la señora Victoria? ¿Por qué?, contrapregunta Lucio, seco. Permítame presentarme, soy el doctor Salvador Elisetas, siquiatra retirado. El hombre se inclina y espera un poco para que ellos digan sus nombres, pero, como no lo hacen, continúa: yo vivo allí enfrente. La señora Victoria me ha

encargado que cuide su casa. Pues no la cuida usted bien, ataja Aurora, está hecha un desastre. Bueno, señores, ignoro cómo se encuentre el interior, yo sólo procuro que no se metan algunos indios a refocilarse o... a hacer sus necesidades, especifica el doctor Elisetas con una risita apagada. El doctor entrecierra los ojos al hablar y tartamudea ligeramente, inclinando un poco la cabeza hacia la derecha como si con ese movimiento fuera a destrabar las palabras. Bueno, sólo quiero decirles que estoy a su disposición en caso de que se les ofrezca algo. ¿Tiene teléfono?, inquiera Lucio, al instante. Sí, pero está descompuesto, tengo varios días reportándolo a la Compañía de Teléfonos para que lo arreglen, pero aún estoy esperando. Pues siga esperando, dice Lucio al echar a andar el auto. Joven, su comportamiento no es normal, si quiere puedo darle unas píldoras tranquilizantes. Lucio responde con un arrancón que levanta nubes de polvo.

Cómo eres, ríe Aurora, lo bañaste de polvo. No merecía otra cosa, mira que ofrecerme tranquilizantes. Ha de pensar que estás loco. Lo cual sería una obvia proyección, cualquiera sabe que se necesita estar loco para ser siquiatra. Pero éste exagera, ¿te fijaste cómo meneaba la cabecita al hablar?

Sí. Sí es cierto, y qué ojos, recuerda Aurora, sonriendo; parecería salido de la temblorosa película *El pueblo cubano contra los demonios*, de Gutiérrez Alea Jacta. Además, agrega Lucio, tenía babas en la barba. ¡No es cierto! ¡Sí es cierto!, y mocos en el bigote.

En el zócalo del pueblo (sigámosle llamando Yautepec) encuentran un restorán, pero antes de entrar en él Lucio averigua dónde está la Compañía de Teléfonos. Allí, pide una conferencia (¡por cobrar!) con la amiga Victoria, y a ella le grita, ante los oídos escandalizados de los sombrerudos que aguardan turno para entrar en las casetas, que los mandó a un muladar, la casa es una porquería, se necesita ser hija de puta y madre de mongólico para prestar esa casa y, para acabar pronto, que chingue a su madre. Cuelga de golpe, satisfecho, aunque un poco agitado. Aurora sonríe salomónicamente. ¿Qué te dijo?, pregunta. Me dijo ¿bueno? y nada más, porque no la dejé abrir la boca. Nos va a odiar, dice Aurora. Uy, qué preocupación tan grande.

En el restorán les sirven caldo de pollo, cecina de Yecapixtla con crema, queso, aguacate y frijoles. Señorita, dice Lucio a la mesera, ¿no tiene tortillas

de ayer? ¿de ayer?, pregunta la mesera, sorprendida. Sí, porque estas que nos dio seguramente son de hace una semana. Y la comida es pésima, niña, me gustaría saber de qué fosa séptica sacaron el consomé y de qué huarache cortaron la carne, ¿no les da vergüenza servir estas atrocidades? ¡Ni crea que le voy a dar propina, y chance tampoco le pague! Ya agarraste vuelo, dice Aurora.

Salen del restorán y deambulan por el zocalito. ¿Y ahora qué vas a hacer, estrangular a las ardillas de los árboles? En vez de eso, en una esquina del parque compran los vasos más grandes de nieve de leche, no sin antes protestar por lo caro de la nieve, y luego suben en el quiosco donde se dedican a criticar, entre risas, a los campesinos morelenses que abajo ocupan las bancas. Compran cajas de velas, comestibles y varias botellas de vino, ¿cómo es posible que nada más vendan vinos del país?, vocifera Lucio, ¿qué creen que somos oligarcas del rumbo? ¡Qué falta de respeto para el turismo nacional! Ustedes, pobres malincheros, se tiran al suelo como alfombras nomás ven a los gringos, pero a los pobres paisanos se nos discrimina vilmente, por eso estamos como etcéteras. Mi amor, no te

mediste con las incoherencias de la vinatería, comenta Aurora al regresar a la casa. ¿Y los fantasmas?, pregunta Lucio cuando distribuyen velas en la recámara y en la sala. Pues deben estar esperando que oscurezca, ¿no?, para seguir la tradición. ¡Fantasmas tradicionales, qué horror!, yo creo que los de aquí deben de estar más decrepitos y desdentados que el vecino siquiatra. por cierto, indaga Aurora, ¿compraste la lechita de Tacho? La tachita de leche, corrige Lucio.

Hace calor, y se quitan toda la ropa. A Aurora le parece gustarle mucho circular desnuda por la casa. Enciende las velas, pues aunque el sol vespertino aún reverbera con violencia allá afuera, dentro está casi a oscuras. A la luz de las velas, y después de beber dos botellas de vino, se disponen a hacer el amor. Lucio está a punto de penetrarla cuando ella propone que en esa ocasión el acto carnal (o palo) sea anal (o por chiclelinas). A Lucio le cuesta trabajo (y a Aurora varios gritos) entrar en ella sin ninguna lubricación, y apenas se halla a punto de lograr la penetración total cuando tocan a la puerta. ¡Carajo! ¿Quién podrá ser? Yo creo que los fantasmas no, sólo que las ánimas morelenses salgan a trabajar a los maizales durante el

día. Ha de ser el pendejo de mi hermano, seguro se le olvidó algo, especula Lucio, empujando un poco más. No les haga caso, mi amor, pide Aurora, ya me la metiste casi toda. Pero los toquidos son insistentes, insolentes. ¡Me lleva el demonio!, exclama Lucio, fastidiado; se retira de su mujer y se dirige a la puerta. Vístete, ¿no?, le recuerda Aurora mientras busca una camisa para cubrirse. A regañadientes, Lucio se pone el pantalón. Los toquidos continúan, cada vez más violentos, cimbran la puerta, cuyo marco deja caer repetidas capas de polvo.

Quien toca es nada menos que el doctor Elisetas. Antes de que pueda decir algo, el siquiatra se mete en la casa diciendo ¿qué no oían? Buenas tardes, señora, saluda el doctor al parecer sin inmutarse porque Aurora se halle semidesnuda. Bueno, qué quiere, ¿nadie le ha dicho que tiene que esperar a que lo inviten antes de meterse en las casas? Hombre, yo soy de confianza. Le traje tranquilizantes, joven. Óigame, usted está orate, casi grita Lucio. Aurora ríe, repitiendo delectantemente la palabra: orate... Usted es el que debería tomarse esos chochos, viejo ídem. No tiene por qué agradecermelo, avisa el siquiatra con exagerada corrección mientras

toma asiento y se equilibra en una silla tambaleante. ¿No creen que es muy temprano para ponerse a beber?, agrega después, mirando a Lucio con ojo clínico. Él ríe. Mire viejito, no lo corro a patadas nada más porque me divierte su temeridad. Joven, advierte el doctor, modérese: debo prevenirle que, aunque retirado, soy el delegado *honoris causa* de Salud Pública del municipio y puedo ordenar que lo encierren en el manicomio. A usted es al que hay que encerrar, viejito, ¡qué atrevimiento! ¡Delegado *honoris causa*! ¡Qué risa! Señora, dice el doctor Elisetas, ¿desde cuándo le dan estos ataques a su marido o concubino? Desde que tenía seis años, bromea Aurora, figúrese que en casa siempre tengo a la mano una camisa de fuerza para cuando se me pone grave. *Muy chistosa*, comenta Lucio. Había de verlo, continúa Aurora, hasta le sale espuma de las orejas y cerilla de la boca, y rompe todo, señor, así es que en mi casa los muebles son de hule. Muy interesante, juzga el siquiatra tomando el vino; bebe un largo trago, a pico de botella. ¡No se beba mi vino, viejo chilapastroso!, grita Lucio, ¡espérese a que lo inviten! Mi vida es un calvario, declama Aurora, no tiene usted idea... dígale a su marido, o amasio, que se tome las medicinas que

le he traído. Lucio, por su parte, revisa los frasquitos. Mi amor, que dice el viejito pendejito que te tomes las medicinitas que te trajo. ¿Sabes qué son, Aurora? ¡Anfetaminas! ¡Y este barbasconbabas cree que son tranquilizantes!

¡No puede ser!, ¿de veras?, ríe Aurora, y se levanta para leer las etiquetas de los frascos. El doctor continúa bebiendo vino atropelladamente. Mire, joven, dice imperturbable si no fuera por el meneo de la cabeza que se sincroniza con los tartamudeos, cada vez más tengo la certeza de que usted está enfermo y requiere hospitalización inmediata. En Cuernavaca hay una clínica veterinaria a la que podríamos llevarlo en, digamos, veinte minutos/ De veras está loco, dice Lucio a Aurora. Quien está loco es usted, afirma el doctor, lo supe desde el primer instante; bastaba con ver cómo corrió usted a las personas tan pacíficas que estaban en esta casa. Lucio y Aurora se miran, atónitos. No me mire usted así, joven, sus gritos se oían hasta mi casa. Más bien, repone Lucio, usted estaba espionando en el jardín, con razón me pareció advertir que algo se movía entre las plantas. ¿Considera normal lo que hizo?, pregunta el doctor, bebiendo a pico de botella. Mire, imbécil, yo hago lo que se me da la gana y ningún baboso me va a llegar a doctorear,

¡lárguese de aquí inmediatamente antes de que lo saque a rastras! *No* me voy, afirma el siquiatra enfáticamente, y continúa: y después, cuando hablé con usted allá afuera me di cuenta de que me hallaba ante un caso peligroso. Yo no estoy dispuesto a que cualquier loco furioso, como su misma esposa lo cataloga, ponga en peligro a la comunidad. Por tanto, es mi melancólico deber avisarle que he mandado llamar una ambulancia para que se lo lleven a Cuernavaca. El que avisa no traiciona.

Lucio y Aurora vuelven a mirarse; por primera vez consideran que ese tipo está tan loco que bien pudo haber hecho lo que dice. Estése usted en paz y no presente resistencia, tómese los calmantes que le di y todo saldrá bien. Si usted colabora le aseguro que con unos seis meses de electrochoques diarios quedará muy bien, finaliza el doctor Elisetas y vuelve a beber más vino; bebe tanto que se atraganta y el licor le escurre por la barba. Está de remate, sentencia Aurora, ya sácatelo de aquí, me está poniendo nerviosa. ¡Y está fumando *mariguana!*, ¿ya te fijaste?, exclama Lucio al ver que, en efecto, el doctor Elishongos sacó un cigarrillo delgadito cuyo humo delata la presencia de una yerba petatesca. En ese momento el doctor salta con

una agilidad insospechada, corre a la puerta y la cierra con llave. ¡De aquí no sale usted!, vocifera, ¡hasta que venga la ambulancia! Lucio no puede concebir que sea posible lo que está ocurriendo, pero, finalmente, su indignación es mayor que el pismo. Toma al viejo de las solapas y lo sujeta con firmeza. ¡Déme esa llave, de dónde sacó esa llave, además! ¡No me toque! ¡Mientras más violencia ejerza más tiempo se va a pudrir electrochocado *chez la rire!* Lucio trata de meter la mano en el bolsillo del viejo, pero éste, con una fuerza inconcebible, le propina un derechazo en la mandíbula. ¡Me has estado buscando todo el día!, chillaba, ¡pues ya me encontraste, *ya me encontraste!* Lucio se repone del golpe e, iracundo, se lanza contra el doctor, le pega como puede, pero el viejo tiene un vigor insospechable, lucha rabiosamente; sus ojos destellan con los furores de un odio incontenible, y Lucio pronto se da cuenta de que el viejo no sólo se defiende bien sino que incluso puede llegar a dominarlo: quiere abrazarlo con tal fuerza que Lucio ya no se pueda mover. Como en un delirio (un relámpago, un resplandor) Lucio comprende que la fuerza de ese viejo sólo es posible porque se trata de un loco peligrosísimo, y que tendrá que

luchar por su vida. Es increíble, alcanza a pensar (un relámpago), que en un instante todo se vuelve decisivo. Logra colocar su antebrazo como cuña sobre el cuello del doctor y lo empuja contra la puerta, pero comprende que no va a poder seguir sujetándolo. El siquiatra ahora lo golpea, con fuerza, en los costados, como boxeador entrenado, y en un instante, ya en el pánico absoluto, Lucio repara en que junto a la puerta carcomida hay un enorme clavo oxidado, doblado como pico de buitres. Lo busca, lo encuentra, lo saca del adobe con facilidad porque aún conserva un poco de fuerza, y también porque ve que Aurora, su mujer, ha tomado el atizador de la chimenea y con eso lo asalta la idea aterradora de que ella va a intervenir, *pero en contra de él*. Lucio esgrime el clavo y lo entierra repetidas veces, primero en los hombros y después en el cuello del siquiatra. La sangre irrumpe en chorros, salpica por todas partes, pronto es un arroyo que fluye, hacia afuera, por debajo de la puerta. El viejo se lleva las manos al cuello, como si quisiera cubrir los borbollones de sangre, y abre los ojos al máximo, sus pupilas giran en redondo y se fijan hacia dentro: afuera quedan las conjuntivas ensangrentadas. Finalmente se desploma, yerto, porque en ese

momento Aurora ha llegado con el atizador de hierro y con él propina un golpe devastador en la cabeza del viejo.

¡Qué bueno que lo mataste!, *¡qué bueno que lo mataste!*, chilla Aurora, y Lucio, al verla jadeante, sudando, semidesnuda, blandiendo el atizador ensangrentado, comprende que ella también enloqueció a causa de la excitación... No, ésa no puede ser Aurora, esa mujer es la imagen viviente de la maldad.

Lucio se desploma, exhausto, junto al cadáver que aún sangra; siente un dolor lacerante, intolerable, en las sienes, y un zumbido que llena todo y que sigue creciendo de volumen. En ese momento grita, con toda su desesperación: *¡no puede ser, no puede ser! ¡Esto tiene que ser un sueño, una pesadilla insoportable! ¡Dios mío, Dios mío, por favor, haz que despierte, haz que despierte por lo que más quieras!*

...Lucio despierta. Se halla en un cuarto blanco; ...la luz del sol vespertino entra a través de un gran ventanal y rebota, se multiplica con fuerza en todos los rincones. Lucio, en un catre, hecho nudo, tiene los músculos contraídos a causa de la tensión del sueño; transpira profusamente,

la sábana está empapada. Se da cuenta de que ha despertado y abre los ojos. Ve que en el cuarto blanco no hay ningún mueble, a excepción del catre donde aún yace, contraído, fetal. Estira el cuerpo y todos sus músculos le duelen a causa de la tensión tan terrible a la que estuvo sometido durante el sueño. La sensación de alivio porque logró despertar hace que no repare inmediatamente en el lugar donde se halla, pero después, un poco extrañado, advierte que el sitio parece Yau-tepec. ¿Yau-tepec? Lucio viste pantalón y camisa blancos, y cuando advierte que sus zapatos también son blancos se da cuenta, con un estremecimiento que le devuelve cruda, dolorosamente, el terror, que en el suelo de tierra también se halla el clavo torcido, oxidado, goteando sangre. Febril, mira todo el lugar. Durante unos segundos el terror es indetenible, está a punto de lograr que la cabeza de Lucio se desintegre en astillas, y en ese momento, Lucio está en la puerta, una puerta que antes no existía o que no vio.

Lucio está viéndose a sí mismo sentado en el catre con el clavo torcido y ensangrentado en la mano; hay una palidez mortal en ese rostro desencajado por el terror. Enfrente se encuentra un espejo, ¿cómo no lo vio antes!, y allí

ve su cuádruple imagen: Lucio sentado en el catre, viéndose en el espejo, con el máximo estupor, y Lucio en la puerta, pálido por el terror. Lucio corre a la puerta; mira hacia afuera, y ve una parte del pueblo (digámosle Yautepec): las calles sin pavimentar, algunas casas de adobe, tecorrales de yerbas crecidas, platanares, mangos y dos hules inmensos, ominosos; un corral donde varios cerdos duermen la siesta de la tarde, y Lucio, que se ve a sí mismo mirando hacia afuera, sabe ahora que el otro saldrá de allí para asesinar a quien se le ponga enfrente, nada más porque sí, porque ya agarró vuelo, porque el cerdo flaco ha engordado y hace destrozos, porque el impulso que lo hizo levantarse y correr a la puerta ya no se puede frenar, y Lucio, que se ve a sí mismo viendo hacia afuera, tiene en la mano un puñal de plata, con forma de cruz: lo ve, lo alza y, con serenidad, lo lanza con fuerza hacia el otro, que ha corrido hacia afuera; Lucio apenas ha recorrido unos pasos cuando un puñal se hunde en su espalda; el dolor del desgarramiento de la piel y la carne lo hacen proferir un alarido; se lleva las manos a la espalda y trata de quitarse el puñal sin dejar de correr, corre a toda velocidad, trastabillando alcanza a tomar el mango del puñal, pero, al tratar de sacarlo, sólo agranda la

herida en su espalda, que ahora sangra profusamente, quizá por la velocidad con que Lucio corre, pegando alaridos de dolor y desesperación.

Los gritos de Lucio han convocado la presencia de mucha gente que sale de sus casas, son campesinos muy morenos, que, al verlo, gritan: ¡ése es el chilango que mató al doctorcito!

¡Doctorcito!, piensa Lucio, ¡esos pobres estúpidos no saben que ese viejo estaba loco de remate! Lucio corre con más fuerza. La gente de la calle ha empezado a perseguirlo, recogen piedras y se las tiran, ¡agarran al asesino, agárrenlo! De todas partes sale gente, todos recogen piedras y las tiran, golpean los pies, las piernas, los brazos, la espalda de Lucio. Una piedra se estrella en su nariz, y el dolor, las lágrimas y la sangre que estallan, simultáneos, nublan la vista de Lucio, ya no sabe por dónde va, hacia dónde, sólo sigue corriendo, zigzagueando, perdiendo la velocidad, ¡se va a caer, agárrenlo!, el torso se inclina cada vez más al suelo, hacia el lodo formado por las lluvias estivales; de la boca penden hilillos de sangre, pero Lucio ya no los ve, y si los siente no le importa; la lluvia de piedras continúa: él advierte que ha llegado a otro árbol inmenso, el sitio apropiado para morir...

...Llega al hule, y se desploma. pero sigue vivo, eso es algo que Lucio no puede creer. La gente del pueblo, muchos niños y también perros flacos, excitados, que ladran, está exacerbada y vocifera, se acerca a él. Lo ven como trapo viejo tirado en el suelo. Llegan dos policías y Lucio sólo puede pensar cuán absurdo, grotesco, es que los policías de Yautepec vistan uniformes color tamarindo, del color de su piel.

Bueno, para no hacerte el cuento largo (lo cual es lo único largo que se te puede hacer), has de saber que Lucio es conducido a la cárcel del pueblo (Yautepec), y después es sujeto a un juicio y se le condena a pasar muchos años en prisión, en una celda oscura, de paredes pétreas, en el centro del pueblo, y aunque hay una ventanilla Lucio no se atreve a ver hacia afuera, porque pretende, durante todos esos años, volver la atención hacia sí mismo; está convencido de que todo eso ha sido necesario para que se purifique, y pague. Con el tiempo pierde la esperanza de salir, se acostumbra a la oscuridad, incluso llega a gustarle, y después de mucho, mucho tiempo, le dicen que es libre.

El día en que sale de la cárcel es sumamente despejado, grandes nubes se desplazan con rapidez. Se puede escuchar la fuente del zócalo; no: más

bien se trata de un arroyo cercano. En el pueblo hay una gran excitación, la banda municipal toca pasodobles a todo volumen y una feria iluminada por el sol exhibe sus monstruos amansados: la rueda de la fortuna, el girador vertiginoso, la máquina del terror, tú sabes. Pero Lucio se siente peor: ni el linchamiento ni los años en prisión mitigaron las grietas de su alma.

Lo primero que ve es la pared lateral de la iglesia que está enfrentada a la cárcel; es una pared de piedra vieja, con parches de adobe y yerbas que crecen entre las rendijas, golpeada con tanta fuerza por la luz solar que Lucio casi se ciega, tiene que cerrar los ojos ante el impacto de esa luminosidad. Piensa que toda su vida estará condenado a ese tormento: el cuerpo entero corroído por un incendio interminable. A veces, muy a menudo en realidad, ha percibido el olor de su propia carne chamuscada, y eso ahonda siempre el oscuro vacío de su interior; no lo abandona la sensación de que está muerto, sin nada que lo alegre, así toda la eternidad, aunque circule sin impedimentos por cualquier sitio siempre, como caracol, estará en esa celda oscura que lleva consigo, sin miedo, sin dolor, pero con la desolación que brota del abismo, por donde se cuelan ventarrones como

latigazos, la casa de su espíritu en ruinas, devastada, sin vestigios de vida, la tierra resquebrajada, arrasada por el sol y las erosiones.

Lucio vuelve a alzar la vista. Allí sigue la pared de la iglesia, con sus millones de pequeñas resquebrajaduras más claras que nunca a causa de la luz cenital. En ese momento, en él, una voz se yergue, con un brote de esperanza, y le susurra con vehemencia: ¡a la iglesia, a la iglesia! En un instante (un relámpago, un resplandor) Lucio cree comprender por qué se encuentra allí, y una esperanza minúscula pero tan viva que lo quema lo hace correr por toda la extensión de la pared de piedra; sin aliento ya, dobla la esquina y contempla el atrio de esa iglesia del siglo dieciséis con su zaguán inmenso de herrería oxidada. Lucio cruza el atrio, sin fijarse en los tabachines y jacarandas que florecen, ni en las parotas ni en los cedros ni en el jardín descuidado, pero cuando llega al portón algo le impide entrar, un poder colosal lo sujeta de los hombros, a pesar de que él, entre lágrimas desesperadas, hace un último esfuerzo, lucha con todo su ser porque ésa es la batalla de su vida. Finalmente la fuerza cede, Lucio entra en la iglesia, y en ese momento, señoras y señores, todo es oscuridad, un perfecto

APAGÓN.



DEL LIBRO *CUENTOS COMPLETOS*
TRANSPORTARÁN UN CADÁVER POR EXPRÉS

*Gimme shelter,
I'm goin' to fade away*

MICK JAGGER y KEITH RICHARDS

¿Quién apagó la luz? El mismo que abrió las malditas compuertas, el responsable de este anegamiento de imágenes rotundas con su luminosidad de filo de navaja, el que determinó el experimento: quedarse encerrado sin comer, sin moverse de la cama, bolsas viscosas de cemento para pegar en todas partes, como preservativos desechados, el avión del chemo bien arriba, creciendo como los pelos de su barba erizada, como la mugre y la pestilencia en todo el cuerpo; días cambiantes, rayas sólidas de oscuridad que reptaban en las paredes, qué fantástica pantalla esa pared: todo un espejo. De noche el espejo no reflejaba; del otro lado debía de estar el mundo que llamaban real, porque Ángel se hallaba en un páramo espinoso,

tierras secas y rasgadas por infinitas erosiones. Un día el cemento se acabó, el hambre se volvió invencible y él tuvo que salir.

Tuvo la pésima idea de recurrir a un amigo. Le pidió dinero prestado, ¿de veras no has comido nada? ¿Qué estaba diciendo ese tarado? ¿Y por qué, a esas horas, la gente disminuía la luz hasta hacerla casi inservible? Vente, le decía el amigo, y Ángel le veía líneas como trazadas por carbones, como esos absurdos deportistas que se rayan los pómulos; en mi casa te doy de comer hasta que te atragantes. Ángel descubría en él, y le gustaba, una intolerancia que lo quemaba, la necesidad torturante y placentera de triturar pieles, huesos, de chapotear en sangre. Su rostro se había ensombrecido, la rendija de luz en sus ojos era mortecina, y él, otra vez, comenzaba a consumirse en una autocombustión de la que antes había oído hablar sin entender absolutamente nada. En su boca se había formado una espesa masa salivosa, como una yema gris, y se descubrió escupiéndola en la cara de su amigo. ¡Qué gusto le dio! Un vigor extraño lo obligaba a marchar a grandes zancadas, atrás quedaba el rostro anonadado en el ventanal, y ya era de noche, ¡qué oscuro está esto!

Llegó a la casa de huéspedes a pesar de que había caminado sin rumbo, ardiendo, incendiándose, todo el cuerpo un trozo de tierra seca que se desmorona. Jadeaba y sudaba, se regodeaba sintiendo con tanta nitidez los latidos de su corazón y los acomodamientos del agua en su estómago; aquello, su pinche panza, se había convertido en algo informe.

...Corría por un monte muy muy alto, resbaloso, en la noche; iba a la cumbre hacia la luna que se había estacionado: todo era resbaloso allí, y frío, húmedo; se trataba de una pendiente de tierra casi mojada, y la luna en realidad era una boca que sonreía, pero después, mucho después, los labios de la boca giraban, quedaban verticales y eran una vagina: los labios se abrían, chasqueaban; había dientes allá dentro, aceite espeso.

Despertó sobresaltado. Había jurado que la luna lo devoraría machacándolo hasta convertirlo en una pasta amorfa, yema gris, pulpa miserable. Vio la oscuridad del cuarto, y sí: la aridez y la humedad se habían trasladado allí. Qué dolorosa realidad: despertar en otro sueño... No, en realidad se trataba de la proximidad de algo..., pero qué. La inminencia. Se puso de pie de un salto y de pronto ya estaba en la calle.

Eran las diez de la noche. En su mente se entreveraban varios cauces de murmullos; de todos ellos en ocasiones destacaba una voz que decía algo muy importante. Ajajá. Anunciaba, nada menos, aquello que estaba tan próximo. Pero cuando Ángel aguzaba el oído, la voz se ocultaba entre las demás, un mercado bajo el sol calcinante, el crujido seco de algo que no tarda en desplomarse. Se hallaba en el centro, como atestiguaban los faroles y marquesinas; había llovido y las calles eran un espejo del estrépito de luminosidades que impedían leer bien el mensaje. Ángel se detuvo ante un espejo que lo mostraba, y rió al verse. Era una verdadera porquería. Pero de eso se trataba, ¿no? ¡Claro que sí!

El aire había entrado en él; una ráfaga llenó a tal punto los pulmones que Ángel sintió como si hubiera dormido tres días enteros, como si hubiese comido hasta saciarse. Allí estaban, nítidos, los restaurantes, los autos, la gente. Era como si él hubiera salido de un agujero viscoso y de pronto recuperara los niveles de su piel, la primera fila del espectáculo. Demasiado movimiento, toda esa gente se desplazaba a la velocidad de los focos intermitentes de los anuncios. Tres muchachas entraron en el campo de su

visión; eran tres adolescentes muy morenas, de pelo lacio y recogido, de cuerpos menudos pero bien formados, los pantalones les caían bien a las mexicanas, las tres ostentaban sus deliciosas nalguitas redondas, bien estirada la mezclilla. Ángel casi rió al ver que aquel viejo compañero aletargado rompía su invernación, era notable la fuerza con que su miembro se había erguido, ansioso, y a Ángel le pareció muy apropiado caminar por las calles luminosas, guiños prefabricados, con la verga bien erecta, mientras de nuevo todo se desvanecía en su contorno.

Parpadeó y recuperó el foco. Se hallaba frente a un hotel: la sala de espera se veía perfectamente a través de los inmensos cristales. De una escalinata, en el fondo del fondo, Ángel vio avanzar una visión que le quitó el aliento; sus vellos se erizaron y el pene se estiró aún más, como si él también quisiera ver. Era la mujer más maravillosa que podía existir, cabellos largos en cascada, un vestido largo de tela estridente se adhería al cuerpo que avanzaba con rapidez, peligrosamente; iba tan rápido que seguramente acabaría estrellándose. El pene se estiraba con espasmos dolorosos. La mujer se aproximaba, seguida ahora por un hombre bien

vestido; los dos discutían a la mitad del lobby, y Ángel veía que en realidad el vestido de tela brillante, claro, estaba pintado hábilmente en el cuerpo de la mujer, ¿no veía ya, con toda claridad, los pequeños montículos de los pezones, con todo y aureolas de surcos suaves?, ¿y la verde espuma del pubis?, ¿y la curvatura alucinante, también verde, de las nalgas? Esa pareja más bien reñía, Ángel casi podía oír las voces que se lastimaban, pero no: no oía nada, sólo existían los senos maduros y llenos, que se estremecían con toda su dureza porque ella hablaba con todo el cuerpo, el cuerpo era una voz que envolvía y succionaba la fuerza de Ángel, qué maravilla perecer en esos senos todopoderosos, vaciarse por completo, derretirse; el dolor que sentía en el pene era intolerable, y Ángel luchaba por no contraerse, sobre todo en ese momento en que la mujer avanzaba al parecer hacia él, nuevamente con una fuerza ciega, peligrosísima; el hombre la había seguido y la sujetó del brazo, ella se desprendió con fuerza y Ángel pudo oír con perfecta claridad: no te imaginas de lo que soy capaz. Ángel rió, y la risa lo hizo estremecerse: la mujer había propinado un terrible rodillazo en el sexo del hombre, quien, como se hallaba un escalón más arriba, fue blanco fácil; el hombre se dobló,

gimiendo, y ella continuó su camino con rapidez, dueña del mundo en su ira estruendosa que la llevaba directamente hacia Ángel. Antes de que él pudiera abrir los brazos para recibirla, para morir en ella, los dos chocaron, cayeron en el suelo, todos los sonidos se suspendieron y él sentía encima un cuerpo exquisito, la carne dura y muelle. Ángel vio momentáneamente que en el rostro de ella, que parecía una máscara, se agolpaba un alud de impresiones: la percepción del sudor, la mugre, el aliento pestilente, pero también del cilindro durísimo en la zona del bajo vientre. Los ojos de la mujer lagrimearon y Ángel creyó ver un destello que se expandía como fuego de artificio. Aún encima de él la mujer se volvió hacia atrás para ver al hombre que seguía contraído en los escalones; después miró a Ángel y lo estudió con detenimiento, con una frialdad sobrecogedora, y osciló las caderas morosamente. Ángel desfallecía, envuelto en el aroma de perfume fino y alcohol, y casi se le detuvo el corazón cuando advirtió que una mano de ella lo sujetaba.

Ese automóvil era una delicia; la penumbra incluso se abría hasta el mismísimo firmamento y las lucecitas del tablero eran, claro, constelaciones que formaban un gran signo de interrogación. La suavidad de los asientos, el aroma subyugante y la música eran sólo un anticipo. En momentos Ángel miraba a la mujer; los ojos de ella se hundían en la negrura, parecían un largo colmillo de agua congelada. Estaba borrachísima y a la vez muy sobria, y emitía frases tan inconexas como las ráfagas de luces que se sucedían vertiginosamente sobre los asientos. ¿Cómo te llamas?, preguntó Ángel, y su voz tuvo que sortear una infinidad de recodos para salir a la superficie; en ese momento Ángel era algo pequeñísimo, minúsculo, suspendido en el firmamento, activado por fuerzas desconocidas, a merced de las grandes explosiones, te voy a llevar a mi departamento, decía ella, y podrás hacerme lo que quieras, ¿te parece poco?, así es que te callas y sólo hablas cuando yo te diga.

Llegaron a un edificio lujoso, y la luz plena del elevador hizo que Ángel regresara a la superficie; de nuevo se maravilló ante la belleza, más bien: la grandeza, de la mujer, pero ella se había despeñado en un silencio sombrío,

¿cómo entonces una mano firme y delgada tocaba con fuerza el pene de Ángel, que al sólo contacto se estremeció vivamente, como si le hubieran inyectado un chorro de vida? Ángel se incendiaba, se consumía. Ya se había pegado a los senos de la mujer, y una voz perturbadoramente tranquila en su interior se preguntaba en qué momento Ángel saltó hacia ella y le abrió el vestido, esos senos sublimes lo iban a hacer llorar... La mujer lo dejó hacer, pasiva, y sólo desplomó la cabeza, los cabellos como una cortina de luz.

El elevador se detuvo. La mujer ni siquiera se cubrió el pecho y condujo a Ángel a un pequeño departamento de muebles suntuosos. Él languidecía viendo los pechos desnudos de la mujer, quien bebió largamente, a pico de botella. No se le iba la imagen de un perro que, cuando una perra está en celo, enloquecía irremediablemente, no reconocía a nadie, no comía, no toleraba presencias cerca y sólo pensaba en penetrarla una y otra vez, y después aullaba lastimeramente cuando ella, masacrada, se sentaba. Noches de aullidos agónicos. Ángel quería seguir chupando ávidamente los senos desnudos. Quítate, ordenó ella, secamente, apartándolo. Desnúdate y te metes en la cama. Yo voy al baño y regreso.



En la recámara, Ángel encendió la luz y la apagó al instante. Se quitó la ropa con rapidez, estremeciéndose por el frío, y se acostó entre las heladas sábanas de seda, que le parecieron mortaja. Oisqueó su axila y tuvo que cerrar los ojos, abatido, con imágenes relampagueantes de grietas que se abrían en la tierra seca. Pero olvidó su propia pestilencia al manipular, con lentitud, su pene desmesuradamente erecto. Le dio risa. Jamás había visto tal energía en el viejo amigo, te vas a agasajar, le decía. La mujer seguía en el baño; la escuchaba ir de un lado a otro, corría la puerta de la regadera, abría el botiquín o algún gabinete, chorros de agua se estrellaban ruidosamente en las paredes del lavabo. Mascullaba frases, vaya uno a saber qué demonios hacía. En ocasiones reía con fuerza. Se había llevado el coñac al baño, y a Ángel le parecía verla, como si no hubiera pared, bebiendo larga, ininterrumpidamente, a pico de botella. O, si no, entre el ruido interminable del agua que caía, la escuchaba dar pequeños gritos, sollozar, gruñir. Más ruidos. Se había caído en el baño, ¡no se vaya a quedar dormida!, pensó Ángel oprimiéndose el miembro hasta hacerlo enrojecer.

Finalmente ella regresó, con el ruido de las llaves del agua que dejó

abiertas como telón de fondo. Estaba desnuda, insoportablemente apetecible, más borracha que nunca, la botella pendiendo de su mano. Bizqueó, tratando de enfocar, y avanzó pesadamente, trastabillando. Se dejó caer de rodillas frente a la cama, Dios mío, cómo apestas, dijo, y se metió bajo las sábanas. Hazme un orgasmo rápido, lo más pronto que puedas, tengo que venirme, le pidió. Tenía los ojos idos, vidriosos; los labios secos y entreabiertos. Ángel subió en ella y trató de penetrarla, pero se detuvo porque la mujer estaba completamente seca. Apagó un gruñido de exasperación, se colocó en cuatro patas frente al sexo de ella y procedió a lamerlo con un apremio incontrolable. Casi no tenía saliva pero humedeció un poco la vagina; en ella puso, nerviosamente, su miembro, y con esfuerzos lo introdujo hasta el tope, luchando contra la marea desfalleciente que casi lo hacía perder el conocimiento. Jamás había experimentado tal urgencia, e incluso tuvo la imagen de su pene eyaculando sangre. El aroma de perfume y alcohol lo exacerbaba, y procedió a embatir furiosamente, sin preocuparse por la molestia que sentía a causa de la escasa lubricación. Desesperadamente introducía la lengua en la boca reseca de

la mujer, mordisqueaba los pezones, oprimía las nalgas, y por último se dejó caer sobre ella para eternizar la sensación de que su pene había llegado a los mismísimos pliegues de la noche; ya no sentía el contacto, había introducido el miembro en una nada oscura, finalmente húmeda, de hecho chasqueante, que no terminaba porque no principiaba; sólo en la base del pene sentía que la boca vaginal se adhería, lo sujetaba con firmeza, pero, más allá de eso, era copular con lo intangible, lo impreciso, y, a la vez, en un reducto hermético y efervescente. La mujer se movía con desorden, mediante contracciones violentas, inconexas, sin ritmo, qué borracha está, ya no puede, pensaba Ángel; ella oscilaba la cabeza de un lado al otro con tanta fuerza que se desnucaría en cualquier momento; le hundía las uñas en la espalda y los talones en las caderas, y de pronto emitió una especie de ronquidos que se convirtieron en sonidos guturales, roncacos, como de gato hambriento, y poco a poco se fue relajando hasta que se quedó quieta, con los ojos entreabiertos y apagados. Ángel, que se movía encima de ella con furia, se exasperó al ver que la mujer interrumpía sus movimientos, por ebrios e inconexos que fueran, y tuvo que ahogar el deseo de desfigurarle

el rostro a bofetadas. Arremetió contra ella con el máximo de su fuerza, y en su interior surgió la pequeña cabeza iridiscente de una serpiente que miraba en su derredor y crecía, se expandía, se convertía en una masa compacta que llenaba los testículos y el pene de Ángel con un tumulto sordo, piedras que se arrastran, viento que desgaja, el punto que era él estalló en infinitas partículas luminosas mientras yacía encima de ella y sólo su cadera se sacudía con espasmos autónomos, desarticulados, que desgranaban nuevas emanaciones de ese placer doloroso, insoportable, como jamás había experimentado antes. Ahora la cabeza de Ángel se erguía de golpe y oscilaba con lentitud, como péndulo reblandecido. El orgasmo fue extinguiéndose, y Ángel se descubrió cómodamente instalado en el cuerpo maduro de esa mujer, que continuaba ida. Nada de eso preocupaba a Ángel y pasó su lengua delectante, morosamente, sobre los senos, mientras una de sus manos recorría, con apremio creciente, el cuerpo donde se hallaba maravillosamente ubicado.

Algo lo hizo detener lo que para entonces era una succión de los pezones. Ángel miró el rostro de la mujer y en ese momento supo, con una convicción

exacta, irrefragable, que el corazón no latía. La erección decreció al instante y Ángel se desprendió del cuerpo de la mujer con un salto inverosímil.

Ella parecía sepultada en el sueño profundísimo de la máxima ebriedad. ¿Qué ruido es ese?, se preguntó Ángel, erizado por la sensación de pánico, y corrió al baño, donde súbitamente fue consciente de que cerraba las llaves de agua. El lavabo se había anegado y una cortinilla de agua caía en el mosaico. Ángel se jaló los cabellos hasta que le brotaron lágrimas y después se dio un par de topes fuertísimos en la pared. Supo entonces que estaba desnudo y que miraba fijamente varios frascos vacíos de medicinas que se hallaban en el lavabo. Comprendió entonces que esa mujer se había suicidado y había elegido morir cogiendo con él.

Regresó a la recámara, sintiéndose extrañamente lúcido, nervioso y alerta, una gota cae, una sensación plácida, delectante, en el pene y los testículos, y a la vez la presión del deseo insatisfecho. Nuevamente vio el cuerpo bocarriba, desnudo, aún cálido y con el sexo goteante; el rostro, bellísimo,

inerte sobre la almohada. Qué hermosa era. Aun muerta era incomparable. No supo cuánto tiempo había transcurrido, se hallaba suspendido más allá de cualquier cosa y contemplaba ese cadáver alucinante. En el fondo de su mente despuntaba la idea de que había que hacer algo, pero ignoraba qué. Finalmente el impulso de su cuerpo lo condujo a vestirse con rapidez y largarse de allí cuanto antes.

Cuando se dirigía a la puerta alcanzó a ver la cocina, y su cuerpo se detuvo. Tenía que comer algo, cualquier cosa, y después se iría de allí. Ya se encontraba en la cocina comiendo un tocos sandwich de queso que pesaba terriblemente en su boca, era algo tan seco que lo iba a asfixiar, y no dudó en tomar la botella de vino que vio en el refrigerador. El vino lo calentó, lo hizo sudar y pensar qué era más delicioso: ¿el vino o el cuerpo de la mujer? Comprendía que en verdad había placeres cuya exquisitez estaba más allá de toda descripción. Su pene nuevamente se había erguido, y Ángel sonrió, rió quedamente, y dio un leve manotazo cómplice al miembro, que alzaba la tela del pantalón.

Se había instalado en un sofá de tela acariciante. Su piel se había sensibilizado hasta lo imposible e intermitentemente experimentaba desbor-

damientos lentos y voluptuosos de placer. Comiendo aún el sandwich con mordiscos pequeñísimos, y con la botella de vino en la mano, se puso en pie y se asomó en la recámara. Allá seguía la mujer, tendida, bocarriba, los senos duros y erguidos, el follaje del vello púbico enredado en finos lazos espumeantes. Ángel pensaba que él no la había matado, ella misma lo llevó al departamento. No había por qué temer. Comprendía todo con claridad excepcional y no podía sino sonreír sardónicamente. El tipo aquel que discutía con ella en el hotel era el marido, que seguramente ignoraba la existencia de ese departamento, un sitio más o menos secreto para citar a sus amantes. Quién sabe qué horrores vivían los dos que ella decidió vengarse de él y morir cogiendo con el más mugroso que encontró; excelente vino, excelente, le indicó una voz, muy tranquila, en su interior. Lo más probable es que nadie fuera a ese departamento hasta la mañana siguiente. Tenía tiempo de sobra. No había ido a parar allí en balde. Tenía que aprovechar la oportunidad. En vez de comer queso podía sentarse a cenar en grande en alguno de esos restaurantes con mesas al aire libre que había visto poco antes: vino y una carne jugosa con el

dinero que seguramente habría por ahí. Y joyas. Regresó a la estancia y se dejó caer en el sofá.

Se descubrió lúcido, con un calorcillo interno y cierta debilidad en las rodillas, pero con el ánimo resuelto. Barrió la estancia con la mirada y vio que no podría llevarse nada de allí, salvo los ceniceros que parecían de plata. Sin embargo, se puso de pie con seguridad, incluso se estiró, y procedió a buscar por todas partes; abrió cajones, puertecitas, revisó estantes y repisas, y también en el fondo de los sillones por si algo se había deslizado hasta ese lugar.

Ya sentía cierta fatiga, especialmente en las rodillas y los pies, que le pesaban. Le estaban entrando unos invencibles deseos de dormir. Regresó a la recámara. El cuerpo de la mujer parecía más pálido; más *frío*, pensó Ángel, aún en el marco de la puerta. Le costaba trabajo entrar. Esa mujer no podía estar muerta, parecía profundamente dormida, intolerablemente hermosa, después de una borrachera descomunal. Era un cuadro muy estético: el cuerpo de la mujer desnudo en las sábanas azul firmamento. Con sólo mirarla la respiración se le enrarecía y sus rodillas se ablandaban.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para concentrarse. En el baño, junto a la ropa, encontró el bolso de la mujer. En él había tarjetas de crédito, licencia de manejo, chequera, cosméticos, una pequeña pistola de cachas enjovadas, pero nada de dinero. Ni un centavo. No podía ser. Ángel guardó en el bolsillo la pequeña pistola y, desconcertado, regresó a la recámara. Tenía mucho sueño. Buscó ansiosamente en los cajones del buró y la cómoda, revisó el clóset pero sólo encontró muchísima ropa fina. Ella no vivía allí y por tanto en ese lugar sólo guardaba tesoros personales, paquetes de papeles y varias cajitas llenas de cartas y fotografías. Se disponía a leer, entre bostezos, una de las cartas cuando lo avasalló la desolación, una sensación invencible de debilidad, e incluso creyó que se desplomaría allí mismo, en la alfombra del clóset. Fue a la cama con lentitud porque respiraba dificultosamente, como si al subir a un volcán hubiese consumido la totalidad de sus fuerzas. Apagó la luz de un manotazo, eso era exactamente lo que había que hacer, se dijo, respirando con la boca bien abierta, se sentó en la cama y vio todo opacamente. En esa semioscuridad los filos de las cosas habían obtenido tonos refulgentes que pululaban en la negrura.

Toda la fuerza se le había ido y la cabeza le pesaba, le dolía como si algo quisiera estallar en reacciones interminables. Sintió un vértigo y deseos momentáneos, pero muy vivos, de vomitar, pero éstos cedieron y Ángel se descubrió mirando muy de cerca el rostro del cadáver. Los ojos estaban entreabiertos, como la boca, que de tan seca parecía haberse escarchado. Tenía siglos mirándola sin parpadear, de hecho, pensaba, toda su vida había consistido en mirar cara a cara la belleza de ese cadáver. Qué hermosa eres, musitó; sus ojos se humedecieron y esa frescura le relajó los músculos, lo aletargó. ¿Quién apagó la luz?

Cómo puedes ser tan bella, murmuró, y sintió una feliz complacencia al oír su voz entrecortada. Se acercó a ella y besó los labios, que aún despedían un fuerte aliento alcohólico, mezclado ya con algo muy acerbo y penetrante. Se dejó caer junto al cadáver. Como en ráfagas, muy débilmente, pensaba que tenía que descansar unos momentos, unos segundos al menos. De nuevo comprendía que era un punto minúsculo, una lucecita mortecina dentro del universo infinito de su cuerpo. Sintió que la mujer le estaba dando calor, ah, era lo que necesitaba, hasta ese

momento comprendía que el frío lo había empequeñecido y laceraba cada milímetro de su piel. Casi a tirones se quitó la ropa y se abrazó al cadáver que, se decía, le transmitía un extraño calorcito tirante, como de chispas secas. Qué bella eres, decía; había trepado encima de ella para que el abrazo fuera lo más completo, qué bella eres, repitió, y sus lágrimas convocaron el advenimiento de una oscuridad que se despeñaba pesadamente, como gajos de barranca que caen en un deslave.

Al Sun



Producción y edición: **Carolina Domínguez**

Diseño: **Vicente Rojo Cama**

Formación: **Guadalupe Silva Sámano / La Pleca**

José Agustín. *Inventando que sueño*, de la serie Voz Viva de México (VVM - 136) de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 20 de octubre de 2017, en Offset Santiago, S.A. de C.V., Parque Industrial Exportec, Toluca, Estado de México, y se produjo en Grupo Grovercom, S. de R.L de C.V., Camino a San Mateo 114-A-205, Santiago Occipaco, Naucalpan, Estado de México,

Se tiraron 1 000 ejemplares en papel cultural de 90 grs. Se utilizaron en la composición tipos Garamond (10/14), Bodoni (7/9), Gill Sans (11/13 y 17/19), Frutiger (5/7). Impresión en offset. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carolina Domínguez.